

Lumpiaque

—Pero yo no quiero ir— se queja Olivia.

—Ya te he dicho que quiero ir a mi pueblo para escribir mi relato para el concurso—responde el padre.

—Pero eso lo puedes hacer aquí— insiste Olivia.

—Sí, pero para escribir el relato que presentaré en el concurso “Qué bello es vivir en mi pueblo”, quiero ir a Lumpiaque.

—No lo veo necesario.

—El pueblo es lo mejor, ya verás. Cuando estemos allí, me darás la razón. Además, solo estaremos dos semanas.

—Si tan bien se está en Lumpiaque, ¿por qué vivimos en Zaragoza?— dice Olivia, esperando que su padre se dé por vencido.

—Porque tu madre consiguió trabajo en tu instituto, y yo puedo escribir libros aquí.

—Pues si puedes escribir aquí, ¿por qué tenemos que irnos?

—Porque en casa, como en ningún sitio. Y para que veas que en el pueblo se está mejor que en la ciudad— dice el padre, poniendo fin a la discusión.

Mientras tanto, en Lumpiaque, un niño se prepara para correr por la mañana, aprovechando que es verano y no tiene instituto. Coge las llaves de casa, los cascos, el móvil, su reloj y se abrocha las zapatillas. Abre la puerta de su casa, aprieta un botón del reloj para iniciar el contador y sale a hacer su recorrido de siempre.

Llega a su tramo favorito, el del campo. Le encanta correr mirando los campos, los olivos, los pájaros... Llega al huerto de su abuelo y da media vuelta.

Llega a casa y para el cronómetro. Al consultarlo, ve que ha mejorado diez segundos su marca de ayer y eso le alegra.

Al día siguiente, Olivia se levanta temprano, asustada al escuchar a su padre cantar «Me voy a Lumpiaque», del grupo de rock Los Berzas.

—¡Me voy a Lumpiaque! ¡Sí, me voy a Lumpia...— canta el padre de Olivia, que es cortado por las quejas de su hija.

—¡Papá, son las siete de la mañana, para de cantar!

Una hora después, pese al empeño que Olivia ha puesto en no ir al pueblo, ya estaban padre, madre e hija montados en el coche.

En ese momento, en Lumpiaque, suena la alarma de un chico que no pierde un solo segundo en prepararse. Se levanta de un salto y se hace el desayuno, ya que sus padres están trabajando.

Tres cuartos de hora después, sale a la puerta de su casa e inicia el cronómetro.

Pensaba que la ruta sería como siempre, las mismas calles, la misma distancia, la misma gente... Pero tras saludar a Paco, que iba a comprar el pan como todas las mañanas, ve como una familia se mete en una casa que lleva sin dueño varios años, y eso le resulta extraño. Ve, además, que una chica de más o menos su edad, coge dos maletas mientras le mira.

Olivia ve la casa en la que va a pasar todo el verano y piensa, “es mejor de lo que imaginaba, es mucho más grande que nuestro piso”.

—Vamos Olivia, coge tus maletas— le dice su madre.

Olivia coge sus maletas y ve a un chico de más o menos su edad pasar corriendo, el chico también la mira, y ella le sonríe sin querer.

Al chico también se le escapa una sonrisa y se va corriendo más rápido que antes.

«¿Quién será? No la he visto nunca. ¿Ha venido a pasar el verano, o se quedará a vivir?», se pregunta el chico, que no deja de correr en ningún momento.

Olivia sube al segundo piso, donde está la que será su habitación durante las próximas dos semanas, mientras piensa en el chico que acababa de pasar corriendo. Al entrar en la habitación, se queda mirando una foto. Una foto en blanco y negro en la que aparece su padre cuando era un niño junto a sus abuelos.

—Hace mucho que no veo esa foto— dice su padre, que asusta sin querer a Olivia.

—¿A los abuelos les gustaba vivir aquí?

—Mucho, y a ti también te va a gustar, ya verás.

Olivia no dice nada, simplemente observa la foto. «Os quiero», piensa.

El chico llega a su casa y para el cronómetro. El mismo tiempo que la última vez. Está bien, se dice a sí mismo, mientras coge las llaves. Al abrir la puerta, escucha la televisión que suena desde el salón.

—¿Papá?— pregunta el chico extrañado.

—Hola.

—¿Qué haces aquí

—He terminado el trabajo y he salido antes para verte, que a lo que llego, ya estás dormido— responde su padre, con tono bromista.

El chico se sienta con su padre y ven la tele abrazados. Al rato, van a la cocina para comer arroz a la cubana, la comida favorita del muchacho. Al acabar de comer, ambos van a la piscina a bañarse y jugar al fútbol.

«Me ha quedado bastante bien», piensa Olivia, que ha terminado de decorar y organizar su cuarto.

—¡Olivia, ya está la comida!— grita su madre.

—¡Voy!

—Estaba muy rico— dice Olivia a su madre.

—Gracias, ya sé que te encanta el arroz a la cubana— responde su madre sonriendo.

—Bueno, ahora que hemos terminado de comer, vamos a la piscina - dice el padre de Olivia.

—¡Qué golazo!— dice el chico, que acababa de meter gol de caño a su padre.

—A ver chaval, tampoco te flipes, sabes que si quiero no me metes ni una— responde el padre.

—Claro, claro... —dice el chico con ironía.

Su padre le lanza la pelota para que vuelva a tirar, pero pasa rodando al lado del chico sin que este mueva un músculo. Se ha quedado mirando a la chica que había visto esa mañana. Ella le ve, y le vuelve a salir una sonrisa.

—¡La bola!—dice su padre, trayéndolo de nuevo a la Tierra.

—Ya hemos llegado, ¿qué te parece?— pregunta el padre de Olivia.

—Mejor de lo que esperaba, la verdad. Hay dos piscinas, un bar, un parque, una pista de frontón y una de fútbol— responde Olivia, que al mirar la pista de fútbol ve cómo el chico que había visto esa mañana la miraba. Él le sonríe, y ella le devuelve la sonrisa.

—¿Ves? Te dije que te gustaría— dice el padre de Olivia, trayéndola de nuevo a la Tierra.

—Hijo, me voy a la toalla, que ya estoy muy cansado y Manu tiene que estar llegando— le recuerda el padre del chico mientras se va.

—Vale papá. Dice que vendrá en unos quince minutos, aunque conociéndole, llegará en media hora.

—Mira, ese chico está jugando solo, ¿por qué no vas a jugar con él? A ti también te gusta el fútbol— propone el padre de Olivia.

Olivia va hacia la pista decidida a hablar con el chico que la hace sonreír con la mirada.

—Hola, soy Olivia, ¿cómo te llamas?

—Izan, ¿qué tal? Nunca te había visto por aquí.

—Bueno, solo estaré dos semanas.

—¿Y a qué has venido?

—Mi padre, que quiere escribir un relato y se ha empeñado en venir al pueblo. ¿Qué se puede hacer aquí para divertirse?

—Pues aquí hay más libertad que en las ciudades, puedes hacer lo que quieras. Bañarte en el río, pescar cangrejos, hacer excursiones a la montaña, explorar cuevas... Las opciones son infinitas.

—Vale...— contesta Olivia encogiéndose de hombros.

— ¿Jugamos?

—Claro.

Así, ambos jugaron juntos mientras hablaban un poco de todo.

—¿Te gusta correr? Ayer te vi pasar por mi casa— pregunta Olivia.

—Bueno, me gusta salir a correr por el campo e ir superando mi marca, pero aún no he ido a ninguna carrera.

—A mí también me gusta salir a correr, aunque fastidia un poco tener que parar todo el rato. Siempre hay un semáforo, una señora, un perro...

—Mañana podemos ir a correr juntos, si quieres, tengo la ruta perfecta— propone Izan.

—¡Vale! Mañana pasa por mi casa a las nueve - acepta Olivia entusiasmada.

—¡Hola!

—Hola Manu, esta es Olivia— dice Izan.

—¡Hola!— saluda Olivia.

—¡Olivia, vámonos ya, que tenemos que ir a ver a los tíos!— grita el padre de Olivia.

—Me tengo que ir, mañana nos vemos— le dice Olivia a Izan.

—Adiós— responde.

—Izan, esa chica te gusta, ¿verdad?— pregunta Manu.

—Sí, pero se irá en dos semanas.

—Pero podéis hablar por el móvil.

—No es lo mismo.

—Bueno, vamos a jugar, que hoy me las paro todas.

Al día siguiente, Izan se levantó con más ganas que de costumbre de ir a correr. Desayunó, se vistió, se peinó y fue a casa de Olivia. Eran las nueve menos cuarto, pero ambos estaban ya preparados.

—Hola, llego un poco pronto— dijo Izan.

—Hola, no pasa nada, llevo un rato lista, la verdad— dijo Olivia riendo.

—Pues vamos, te voy a enseñar un poco el pueblo.

Ambos corrieron juntos mientras hablaban e Izan le iba enseñando Lumpiaque a Olivia.

—Mira, este el bar Paco's.

—Este el Coco.

—Este el Café.

—Aquí está la farmacia.

—La tienda Cosicas.

—El supermercado.

—La iglesia.

—El parque Bunbury...

—Pues no imaginaba que hubiera tantas cosas siendo un pueblo tan pequeño— dijo Olivia, que empezaba a gustarle el pueblo.

—Pues falta lo mejor, ahora te voy a enseñar mi parte favorita - dijo Izan sonriendo.

Ambos corrieron juntos por el monte, hablando y riendo. Subieron una pequeña montaña, que tenía unas piedras en la cima que les servirían como banco natural para descansar.

—¡Qué bonito!-- exclamó Olivia mientras gozaba de las vistas. —¿Sueles venir aquí?

—Sí, me gusta venir aquí de vez en cuando a estar conmigo mismo. Es increíble darte cuenta de que la naturaleza no entiende lo que es el estrés. Llegas aquí y no hay prisas, solo tú y tus pensamientos. No sé si son las vistas, la brisa, el disfrutar de mi propia compañía o un conjunto de todas ellas, pero cuando estoy aquí, siento que soy libre— dijo Izan reflexivo.

—Tienes razón, esto vale oro. Es una pena que me vaya a ir tan pronto— dijo Olivia, que se había dado cuenta de lo equivocada que estaba acerca de lo que pensaba que era vivir en un pueblo.

—Bueno, ahora estás aquí conmigo, y eso es lo que importa.

Ambos se miraron en silencio, con una sonrisa tímida, y fueron acercándose poco a poco, hasta que terminaron besándose en lo alto de aquella pequeña montaña. Se separaron lentamente sin hablar, simplemente mirándose a los ojos y sonriendo. Bajaron la pequeña montaña de la mano, en silencio, y siguieron así hasta que Izan decidió hacer una pregunta que le tenía un tanto preocupado.

—¿Volverás? - Preguntó Izan.

—En un principio no quería venir, pero ahora... Sí, volveré. Mi padre tenía razón— dijo Olivia sonriendo.

—Parece que sí— dijo Izan riendo.

Cuando llegaron a la casa de Olivia se despidieron con un abrazo.

—Hasta mañana Izan.

—Hasta mañana Olivia.

Olivia llegó a casa y fue a hablar con su padre, que se encontraba escribiendo su relato.

—Hola, Olivia, tengo buenas noticias para ti— dijo su padre emocionado— he estado escribiendo y la inspiración me venía sola, hacía mucho que no me pasaba eso, supongo que será la magia del pueblo, pero bueno, he avanzado más de lo que imaginaba y si sigo así creo que en dos días estará listo, así que podremos volver antes a Zaragoza.

—¡Guau, sí que has ido rápido!-- dijo Olivia sorprendida, que ahora quería quedarse en el pueblo.

—Bueno, he aprovechado bien las horas.

—Ya veo, pero quiero decirte algo... tenías razón, el pueblo tiene muchas cosas, es muy

bonito y además he hecho algunos amigos. El caso es que quiero quedarme más tiempo, y también me gustaría volver en Navidad.

—Vaya, me alegro de que estés bien aquí. Por supuesto que podemos quedarnos más, todo el verano si quieres. Y obviamente quiero venir en Navidad y todas las veces que te apetezca. Si ya te lo dije yo: ¡Qué bello es vivir en mi pueblo!

FIN